

había escogido; gustaba de Dios pacíficamente, y vivía muy apartado, así de las novedades, como de las vanidades profanas. Mas al fin (¡terrible juicio del Señor sobre las almas religiosas que se abandonan á una presuntuosa curiosidad!) dió oídos á las nuevas doctrinas, y en breve tiempo este religioso fervoroso no fué mas que un fraile libertino, que rompió las barreras del claustro, predicó la reforma herética, y se constituyó su ministro en Basilea. Cedió á los atractivos de una jóven que tomó por muger; y para ahogar los remordimientos, mas vivos que los de los apóstatas comunes, se cedió á estos con su audacia contra la casta y santa Religion cuyas máximas no tenía ya valor de practicar, publicando su tratado contra la presencia real, escrito con tanta finura y amenidad, con un raciocinio tan especioso y una elocuencia tan dulce, que podría, dice Erasmo, haber seducido á los mismos escogidos si fuese posible. Pero Dios, que los espuso á esta prueba, los sostuvo por los esfuerzos de sus mismos enemigos, los cuales dividieron la reforma en dos partidos contrarios, el uno defensor de la empanación, y el otro del sentido figurado, y no menos opuestos entre sí que contra los católicos. Erasmo observa además (1) que, despues que Oecolampadio, su amigo, hubo abandonado junto con la Iglesia su tierra devoción para abrazar la desabrida y seca reforma, ya no era conocido, y que á su primer caudor sucedió el artificio y el disimulo.

El mismo Melancton escribió á Erasmo (2), que entre los secuaces de Lutero habia algunos que olvidaban la humildad y la Religion, que escitaban disensiones con sus discursos sediciosos, que solo aspiraban á establecer su tiranía sobre la ruina del ór-

(1) Erasmo. l. 13, Epist. 9.
(2) Ib. l. 19, Epist. 2.

den civil y aun sobre la de las letras. Sin embargo, alucinado siempre por su amistad ó sus preocupaciones, se esfuerza en disculpar en esta ocasion á Lutero, cuyos arrebatos, incomprensibles vituperas otras muchas veces; arrebatos que crecian con los años, á pesar de que estos suelen amortiguarlos. Aquí por el contrario, Melancton, hombre sin carácter, ó por mejor decir, desprendido de su carácter y como desnaturalizado por el espíritu de error y de vértigo, pretende que Lutero tiene una conducta muy diferente de sus discípulos turbulentos, y que se lamenta de sus excesos, sin creer que por esto debia abandonar los intereses del puro evangelio. Llega á tener la osadía de desear en Erasmo mas inclinacion de la que manifestaba á la reforma, protestándole que la doctrina de Lutero es verdadera, y sin embargo no lleva á mal que se escriba en defensa del libre albedrio, pues habia sabido que Erasmo debia hacerlo. ¿Es este un apóstol que defiende la integridad del santo depósito, ó un seductor que recluta para su secta á espensas de sus dogmas arbitrarios?

Erasmo respondió de una manera todavía muy distante de un perfecto catolicismo. «No quiero», dice (1), juzgar sobre los motivos de Lutero, ni obligaros á mudar de sentimientos; pero me alegraría que, teniendo un espíritu tan apto para las letras, formáseis de estas el único objeto de vuestra aplicacion, sin mezclaros en esas controversias de Religion. ¿Qué espresiones estas en un católico, despues que toda la Iglesia se habia declarado contra el luteranismo, y que este tenia incendiado todo el Norte! «Si viéseis», añadió Erasmo, lo que pasa en estos paises, reconoceriais mucho mejor las justas quejas que tengo contra los que abusan del nombre del Evangelio, ¿y qué de razones no tiene Lute-

(1) Erasmo. l. 19, Ep. 3.

ro para abominar de unas gentes que deshonran enteramente su partido? El mismo, luego que establece una cosa, la sostiene con ardor desenfrenado. Rompe por todo, no tiene límites: cuando es advertido se precipita mucho mas, y queriendo reformar abusos escita sediciones y rebeliones. ¿Cuánto mas propia hubiera sido la moderacion para hacer entrar á los obispos y á los príncipes en la reforma! Hedion, Pelicano, Oecolampadio la han abrazado; pero ya creen haber hecho mucho, cuando han desenfrenado algunos regulares ó casado algunos clérigos. ¿Y Lutero hace alguna cosa mas conforme á la piedad cristiana cuando predica al pueblo que el Papa es el Anticristo, que los sacerdotes y obispos son vanos simulacros, que la confesion es una peste, que las leyes humanas son heregías, y que hablar de buenas obras, de méritos, de esfuerzos para la salvacion es ser herege: en fin, que no hay libertad, que todo sucede por necesidad, y que nada importa saber de qué naturaleza sean nuestras obras? En una palabra, el Evangelio antiguo hizo mejores á los hombres, y su nuevo evangelio no hace mas que corromperlos.

Erasmo escribia en el mismo año de 1524 al Papa Clemente VII para asegurarle de que ni las solicitudes de los príncipes, ni sus relaciones con los sabios, ni el odio de los frailes y de los teólogos, habian podido inducirle á tomar el partido de Lutero, y á conspirar contra la Santa Sede: (que si en las obras que compuso antes de las declamaciones de Lutero, habia alguna cosa susceptible de sentido siniestro, él no la habria seguramente escrito, si hubiera previsto lo sucedido despues: que habia mudado esas proposiciones en las últimas ediciones, y que estaba pronto á reformar lo demás con arreglo á los dictámenes caritativos que tuviesen la bondad de darle: que siempre habia vivido sujeto al juicio de la Iglesia ro-

mana, y que jamás la desobedecería, aun cuando no le fuese favorable; pero que que cesaba peraba de su equidad no permitiría que fuese víctima del corto número de sus enemigos.

Algun tiempo despues, Erasmo, á instancias del rey de Inglaterra, de quien era muy estimado, publicó su sabio y elocuente tratado del libre albedrio, lo cual era combatir en el punto capital la doctrina de Lutero, como este mismo lo reconoció de buena fé. El docto holandés, sin descender á personalidades, hizo sentir el horror de este principio fundamental de la reforma, que aniquilaba toda moral, toda virtud, toda piedad, todo orden social, y que con el pretesto de realzar la gracia de Jesucristo, convertía al Padre de las misericordias en un tirano cruel, cuyo santo nombre no podian dejar de blasfemar sus infelices criaturas. Lutero, á quien un error precipitaba siempre en mayores errores, hizo publicar entonces un libelo intitulado *Del siervo albedrio* (1526). En esta obra de despecho y de rabia es donde dice en términos formales que el libre albedrio es un titulo vano: que Dios obra en nosotros peor que el mismo que el bien: que el secreto de la fé consiste en creer que Dios es justo, aun cuando por su voluntad nos hace tan necesariamente dignos del castigo que parece se complace en los tormentos de los condenados; y que si nos complace coronando á los indignos, no debe disgustarnos condenando á los inocentes. Añade en fin, que dice estas cosas no como quien examina, sino decidiendo, y que no las sujetaba al juicio de persona alguna, sino que antes bien todo el mundo debia someterse á ellas (1).

Véase como el heresiarca explica su sistema: en las cosas que dicen relacion á la

(1) Luth. t. 2, fol. 426 etc.

salvacion ó á la condenacion, el hombre es siervo, sujeto á la voluntad de Dios, ó á la de Satanás; de tal manera que no le queda libertad alguna de querer de otra manera sino de la que se le hace querer, no empero por una coaccion violenta, sino por una inmutable necesidad: quiere por su propia propension, de grado, no por fuerza, sino amando lo que le place. En efecto, asi como una masa inanimada no puede recibir el movimiento que se le comunica sin que ella se mueva, del mismo modo y con mayor razon, la voluntad no puede recibir el querer por la gracia, sin que quiera efectivamente el bien que la gracia la hace querer. La heresia de Lutero no consiste, pues, en despojar á la voluntad de toda accion, pues dice espresamente que obra sin violencia, sino precisamente en hacer que la misma voluntad quiera por una verdadera necesidad y sin libertad para no querer, ó para querer de otra manera en la circunstancia precisa en que se halla; esto es, bajo la impresion actual de la gracia. Porque el atribuirle una libertad de puras palabras, ó el poder ilusorio de resistir, cuando no se trata de efectuarlo, no es mas que un miserable paliativo que desprecia Lutero y que nada varía la esencia de su dogma. Por consiguiente, el que sostiene que la gracia ó la concupiscencia obligan necesariamente á la voluntad; esto es, que la voluntad no tiene un poder libre é inmediato de resistir á las impulsiones actuales, asi de la concupiscencia como de la gracia y profesa verdadera y mente el luteranismo; de cualquiera manera que se espresen.

Lutero, que entre todos los novadores es el que hace menos aprecio de los Padres, se gloraba, sin embargo, de que San Agustín hablaba en su favor; aunque no hay cosa mas bien espresada en mil testos de aquel Santo doctor que la libertad y el libre albedrío del hombre con la gracia y bajo la

accion de la gracia que le previene y le fortifica. Pero fué destino del mas ilustre de los Padres, igualmente que del Apóstol por excelencia, el estar siempre expuestos á las falsas interpretaciones de los visionarios y de los hereges. Conociendo sin embargo el heresiarca que ni la autoridad, ni la fuerza del raciocinio militaban en su favor, se valió con bastante felicidad de las armas de la burla contra un atleta que tenia otras muchas ventajas sobre su antagonista. Habiéndose quejado Erasmo de que le tuviesen por partidario de Lutero, replicó el sectario en buenas palabras, que esto era una calumnia de la cual queria defenderle, que certificaria por todas partes que Erasmo no era de modo alguno luterano, sino erasmiano; es decir, un especulador que hablaba con tanta incertidumbre, en términos tan ambiguos, y algunas veces tan extraños, sobre los puntos capitales de la Religion, que no era fácil determinar lo que de ella pensaba (1). Por desgracia, habia dado Erasmo lugar á esto, y no obstante sus anteriores atenciones y señales de amistad no le perdonó el arrogante sectario, y asi mismo á otros.

Erasmo sintió vivamente estos insultos, y se quejó con amargura de verse reducido, á pesar de su suavidad y de toda su circunspeccion, á combatir en su vejez contra un animal feroz, contra un jabali furioso. Esforzándose despues á usar reciprocamente el tono de la burla, mucho me he engañado, dice (2); en imaginar que el matrimonio le habria humanizado. Esta señal de debilidad, se por no decir otra cosa, era muy reciente en Lutero, en este caudillo de una secta que le ensalzaba principalmente por la grandeza de su valor y cuya debilidad humillaba á todos los sectarios, en quienes el fanatismo aún no habia borrado

(1) Luth. tom. 2. Ep. ad Nic. Amsdorf.
(2) Lib. 4. Ep. 12.

todos los sentimientos del respeto antiguo á las costumbres sacerdotales. Melancton, el mas sensible de todos ellos, no halló cosa mejor que decir para justificar á su maestro, que la inclinacion imperiosa que en él reconocia á un género de vida bajo y comun, á la verdad, pero calificada por la Escritura de honroso. El desvergonzado Lutero no usó de tanta reserva, y se esplicó sobre este punto de un modo que la decencia nos obligaba á pasar en silencio (1). No se atrevió á hacer este matrimonio en vida del elector Federico, que le tenia por un santo, y que no aceptaba un punto de reforma tan conocida y tan contrario á la disciplina respetada en todos los siglos. Antes de la muerte de este principe se enamoró Lutero de una religiosa, noble alemana que nada tenia de la altanería de su pacimento. La hizo robar del claustro junto con otras ocho religiosas igualmente débiles, y esta obra maestra de reforma se ejecutó el dia mismo de Viernes Santo (1525); circunstancia que dió margen al raptor sacrilego á comparar su rapto con el de las almas que Jesucristo sacó del limbo en el mismo dia. Luego que el principe hubo espirado, cuando toda la Sajonia lloraba su muerte, y como el nuevo elector Juan, su hermano, estaba aún más infatuado por su seductor que Federico, no hubo ya consideracion alguna que pudiese impedirle el satisfacer su pasión desenfrenada. De este modo Martin Lutero, fraile apóstata, en la edad de cuarenta y cinco años se casó públicamente con Catalina de Bore, religiosa apóstata. Pareció, sin embargo, que la misma vergüenza de este matrimonio perjudicó en algo á la celebridad de las bodas. El pastor, un abogado y un pintor, fueron los únicos convidados del espouso, el cual dió su convite á la hora del cenar, sin decir una palabra á sus amigos,

(1) Lib. 4. epist. 24.

Pero el pudor duraba poco en su alma, y asi exhortando desde luego á todos los eclesiásticos y frailes á seguir su ejemplo, perdió su infamia entre tantas personas que ya vino á ser para él un objeto de triunfo. Tuvo la insolencia de dirigirse al mismo cardenal Alberto de Brandeburgo, arzobispo de Magdeburgo y de Maguncia, el mismo que fué de los primeros en declararse contra el nuevo evangelio, y que seguia mostrándose siempre igualmente celoso por la fé católica. Escribióle una carta extravagante, en que intentaba seriamente probar, y siempre con las divinas Escrituras, que la voluntad de Dios era que todo hombre viviese en una compañera semejante á él, una ayuda indispensable, necesaria, que el vivir solo, ó sin mujer, era tentación de tal modo al Señor, que á no ser un milagro que trasformase al hombre en ángel, le era imposible en esta privación dejar de caer y perderse. El sabio prelado no respondió al apologista de la incontinencia, más que con el silencio y el desprecio; pero su paciente llamado tambien Alberto de Brandeburgo, gran maestro de la orden teutónica, se prestó mejor á estas lecciones de libertinaje. Tenia ya sesenta y nueve años, y este culpable anciano, violando la castidad religiosa que habia votado solemnemente, se casó con Dorothea de Holstein. Despues de haber destruido todos los privilegios de su orden, se apropió la mejor porcion del tesoro de los caballeros, dividió con los polacos de Prusia que les pertenecia, se puso bajo su proteccion y se hizo su tributario por la parte que reservaba, con condicion de que la poseeria en adelante con título de ducado y que pagaria en calidad de feudo á sus herederos. Vivió todavía treinta años despues de este matrimonio.

(1) Lib. 4. epist. 24.

En el mismo año de 1526 adquirió Lutero para su secta al landgrave Felipe de Hesse, por sobrenombre el Magnánimo: título que mereció justisimamente, si toda la resencia de la magnanimidad consiste en el valor, en la actividad, en el desprecio de los trabajos, de los peligros y reveses, y si una determinación pronta á emprenderlo todo y una audacia que se obstina hasta el punto de arriesgarlo ó embrollarlo todo, no son lunares en una alma grande. Tuvo á lo menos todo lo que era á propósito para formar un protector de secta de los más memorables. No pudieron contenerle en la fe de sus padres ni las tiernas exhortaciones de su madre Ana de Meckelbourgo, princesa de rara virtud y de igual constancia en su adhesión á la Iglesia; ni el ejemplo de su padrastro el príncipe Jorge de Sajonia, que acababa de responder en los siguientes términos á las nuevas instancias del evangelista de Witemberg: «Guardad vuestro evangelio con todas sus producciones apesadas. Por los frutos nos enseña el Señor á conocer el árbol; y cuáles son los frutos del evangelio de Lutero? Toda la Alemania los conoce para daño suyo. En cuanto á nosotros, mediante los ausilios de la gracia que no cesamos de implorar, perseveraremos inalterable é inmutablemente en el Evangelio de Jesucristo, según la Iglesia católica le ha recibido y conserva. Cerrad, cerrad vos mismo los oídos al lenguaje impío de los aduladores que erigen á un herejía en profeta; y pensad, pues todavía hay tiempo, en reparar cuanto sea posible los males horribles que habeis causado.» El landgrave se hizo insensible á los ejemplos y á todas las amonestaciones de sus parientes y cedió á las persuasiones de su perjudicial amigo el elector de Sajonia. Bien pronto su genio altivo dominó á este de un modo tan absoluto, que al fin llegó á hacerle perder sus Estados y su dignidad

de elector. Felipe de Hesse tuvo perpetuamente las armas en la mano contra la Religión de que habia desertado, ó contra sus defensores; y después de haber trastornado toda la iglesia de Alemania y como fautor universal de los cismas y facciones, envió tropas á los hugonotes de Francia para poner el colmo á los males de este reino. Obtuvo Lutero, tan ignominiosamente rechazado por Jorge de Sajonia, se atrevió á hacer nuevas tentativas con el rey de Inglaterra, á quien habia insultado con tanta audacia, y lisongeándose todavía de atraerle á su partido. Moderó su pluma en esta segunda carta, hasta disculpar sus primeros arrebatos y ofrecer desdecirse de todo cuanto habia escrito contra este príncipe; pero fué mal recompensado de un sacrificio que debió sin duda costar muchísimo á su orgullo. Enrique le reprendió la extravagancia de sus pensamientos, la impiedad de su doctrina, los escesos casi increíbles que habia cometido contra todas las potestades eclesiásticas y seculares y contra las cosas más santas, y sobre todo su infame y sacrilego matrimonio: crimen abominable, le dice, por el cual, si hubieses vivido en un Estado gobernado solamente por sabios paganos, habrían enterrado vivo al objeto de tu obscena pasión; y por lo que hace á tí, te hubieran despedazado con varas hasta verte espirar á fuerza de los golpes. Pero lo que es todavía más abominable, tú te has casado públicamente, violando á la faz del universo indignado los votos solemnes de la Religión; y mientras que la confusión debería humillarte hasta el polvo, la desvergüenza ocupa en tí el lugar del arrepentimiento; y bien lejos de prepararte un camino para el perdón, animas á todos los frailes y clérigos á participar de tu infamia (1). Como Lutero, para

(1) Cochl. ann. 1526, pag. 136; Apud. Ruffens. Epist. una cum lib. Henr. VIII de Sacram.

facilitar al rey la retractación que se prometia, afirmó en su carta, lo que era verosímil, que el tratado de los Sacramentos publicado por Enrique VIII se habia atribuido falsamente á este príncipe, el rey reconoció altamente este tratado por obra suya, y añadió: «y yo la creo tanto más cristiana, cuanto más te desagrada.» El fogoso Lutero no dejó de replicar, y se puede discurrir muy bien, sin que recarguemos con nuevos horrores nuestros escritos, lo que su furor le haria escribir. «Tenia sin embargo con qué consolarse en la adquisicion que habia hecho á su partido, tanto del tumultuoso elector de Sajonia, como del obstinado landgrave de Hesse, sin contar la seducción de los duques de Lunebourgo, de Meckelbourgo, de Brunswich, de Pomerania; de los arzobispos de Magdebourgo y de Brema, de las ciudades de Hamburgo, y de todas las riberas del mar Báltico hasta la Livonia (1).» Habiendo dado orden el emperador, que se hallaba en España, de convocar una nueva dieta en Spira (1526), el elector y el landgrave se propusieron nada menos que obtener el libre ejercicio de su religion; y en vez de que en estas asambleas se habia á lo menos evitado hasta entonces hacer cosa alguna que pudiese condenar las observancias católicas, afectaron poner carnes en sus mesas todos los viernes y sábados. Además, mientras que los obispos y los demás príncipes asistian al oficio divino en la catedral, estos hacian predicar públicamente, y celebrar según el rito luterano en sus palacios, donde el pueblo acudia en tropel atraído del placer maligno que sentia en oír declamar contra el Papa y los obispos. Habian tenido cuidado de esparcir una multitud de libritos que solo respiraban insolencia y novedad. El archiduque Fernando, que presidia por el empe-

rador su hermano; no se atrevia á oponerse á tantos desórdenes, temiendo ocasionar una sublevación, ó á lo menos el rompimiento de la dieta, y que habria, sin embargo, invalido más que su conclusión; pues todo lo que se decretó fué que se suplicaria al emperador que procurase la celebración de un concilio, y que entretanto cada príncipe se conduciria en sus Estados de un modo que pudiese dar cuenta á Dios de su conducta. Esto era conceder bastante claramente la libertad de conciencia á los sectarios; y estos supieron prevaleerse perfectamente de ella. Así adelantaban paso á paso en Alemania, aumentando de dia en dia sus primeras usurpaciones, sin perder jamás nada de lo adquirido en ellas. En la Suiza por el contrario, y casi en el mismo tiempo, sufrieron una afrenta que á la verdad no les hizo caer en un descrédito suficiente para sanar la parte ya gangrenada de esta nacion; pero les puso fuera del caso de corromper lo restante (1). Los cantones todavía sanos, asombrados de los espantosos sucesos de Zuinglio, que acababa, en fin, de hacer abolir solemnemente la misa en Zurich por una ordenanza del Senado (1526), reunieron sus desvelos y esfuerzos para rechazar la impiedad que se introducía entre ellos por todas partes. Señalaron dia para una conferencia entre los teólogos más famosos de ambos partidos, y eligieron para lugar de la asamblea la ciudad de Baden, como una plaza neutral en que cada uno podia prometerse iguales ventajas y completa libertad. El doctor Eckio fué el más célebre que se presentó por los católicos, y por los sacramentarios fué Oecolampadio comisionado por Zuinglio, el cual no quiso asistir á ella á pesar de todas las seguridades que pudieron ofrecérsele. La disputa duró muchos dias, en los cuales Eckio estableció

(1) Cochl. ann. 1526; Sleid. lib. 202, 203, 204.

(1) Cochl. in act. et scrip. Luth., p. 111.